Tengamos fé en nuestra raza

POR JOSE BEJARANO

Apesar de que no tenemos organización ni hemos preparado ningún programa; de que nuestra educación es tachada de defectuosa, y aún de que se nos considera socialmente inferiores según las normas de la civilización capitalista actual, nosotros los mexicanos, nosotros los latino americanos, estamos, consciente e inconscientemente, perfectamente de acuerdo en unos cuantos postulados sociales de vital importancia. Podremos discrepar en cuanto a la estimación de valores y en cuanto a métodos; pero estamos acordes, definitivamente, con respecto a algunas ideas sociales y políticas fundamentales.

En el momento histórico actual, la más halagadora promesa del futuro de nuestra raza es que el dinamismo inconsciente de nuestras masas populares tiene un solo origen y un solo objetivo; en el fondo de nuestro pecho reconocemos como una gran verdad incontrovertible las palabras proféticas de que: Por nuestra raza hablará el espíritu.

Los países que impropiamente se llaman latino americanos y que a raíz del descubrimiento de la América fueron subyugados material y espiritualmente, han pasado cuatro siglos de dominación despótica que ha sido la crisálida de donde sale en estos
momentos la alada mariposa de nuestro espíritu.

La historia de México es la historia de todos los pueblos desde Texas hasta Magallanes: una civilización floreciente; un intenso cultivo de las artes; un gran amor a la belleza; una concepción filosófica de la vida no inferior a la que en cualquiera otra parte del mundo prevalecía entonces. La llegada de huestes sedientas de sangre, de dominación y de oro. El derrumbamiento de las instituciones aborígenes, con la destrucción de templos, de monumentos y de centenares de miles de hombres y la conversión del resto de la población en esclavos y bestias de carga. La imposición de la nueva civilización hispano-áfrico-romana, y después de tres siglos la emancipación política.

Un siglo de vida llevan nuestros países como naciones soberanas, y durante este tiempo nuestros pueblos han estado luchando por libertarse de otras cadenas que todavía les impiden su libre marcha por la senda del progreso y de la felicidad.

Los ojos del mundo están fijos en México en los momentos actuales, pues así como en 1810 decretó la abolición de la esclavitud, que en los Estados Unidos fué conquistada a sangre y fuego cincuenta años más tarde; y así como en 1857 declaró la libertad de cultos y la independencia entre la Iglesia y el Estado, que Francia proclamara a principio del presente siglo; en 1917 implantó una constitución cuyos postulados tarde o temprano se verán establecidos en el mundo entero.

En los miles de años que ha recorrido el presente ciclo de la vida del hombre en nuestra planeta y que se pierden en su origen en la obscuridad de la barbarie, el temor a lo desconocido ha jugado sucesivamente y aún simultáneamente, el papel de acicate y de obstáculo en el progreso y en el mejoramiento de la humanidad. El sentimiento humano que dió origen a las religiones fué el temor a fuerzas desconocidas y la inclinación de halagarlas para evitar sus efectos destructores. Este sentimiento espontáneo del hombre, resultado de su debilidad y de su ignorancia, fué explotado por aquellos que se declararon a sí mismos representantes, intérpretes o predilectos de las fuerzas ocultas. Esta explotación dió origen a la casta sacerdotal, y fueron los sacerdotes los primeros amos que tuvo la humanidad.

Las colectividades fueron creciendo; su manejo fué complicándose. Y vino subsecuentemente la creación de una nueva casta: la militar. Y tenemos el caso de grandes imperios gobernados por sacerdotes y por jefes militares: éstos encargados de librar batallas y de hacer conquistas, y aquéllos de subyugar las conciencias y de mantener la paz interior.

El instrumento natural de las castas sacerdotales para mantener a los pueblos en la sumisión fué la explotación de la superstición, el fomento del terror a lo desconocido, y como consecuencia natural, la supresión de todo impulso tendiente a descubrir la verdad, al progreso de la ciencia, a las investigaciones de la filosofía. Ejemplos, los tenemos a millares en la historia, y sólo recordemos como un tributo a su memoria, al gran Galileo Galilei.

El arma de defensa de las religiones fué el dogma, la imposición de creencias que no debían investigarse ni discutirse. Su baluarte, la infabilidad de los grandes sacerdotes, incapaces de equivocarse. Nosotros todos sabemos lo que valen los dogmas, recordando sólo los de la religión que indudablemente nos es más conocida, la Católica Romana, y que han tenido que ir modelándose y remendándose al gusto del consumidor que paga el mantenimiento del palacio de suntuosidades orientales que se llama el Vaticano. Los mismos ministros de la Iglesia de Roma a cada paso admiten los errores de los Papas infalibles.

El desmoronamiento de las religiones en los tiempos modernos tiene por explicación principal la destrucción de su base, que es el temor al castigo. El diablo, que la imaginación humana creó mucho antes de crear a Dios, se ha convertido en un personaje, no ya mitológico, sino de opereta. Y mientras más raíces echa en el hombre la idea de amor y de confraternidad universal, más se desprestigia la creencia en el Dios cruel con que los sacerdotes asustaban a los pueblos, como las madres asustaban a los niños con el Coco. Si algún atributo puede sostener la creencia de Dios en la humanidad, es el de infinita bondad; el Dios con quien el hombre podrá entenderse directamente, sin necesidad de catecismos ni intervención de comisionistas.

La evolución del pensamiento humano en cuestiones religiosas es algo natural y espontáneo, que no puede modificarse, codificarse o encauzarse por medio de legislación gubernamental, y muy lejos debe de estar de la mente de los individuos que formar la administración mexicana actual, el tratar no sólo de arrancar, sino de variar en lo más mínimo los sentimientos y las ideas del pueblo mexicano en lo que respecta a su interpretación de la vida.

No se ataca en la legislación mexicana a la Religión Católica como código moral, aunque en el criterio de muchos mexicanos sea una mala parodia de la moral abstracta. No se ataca tampoco a la Iglesia Romana como organización política universal, pues tales ataques serían innecesarios ya que los pueblos tienden a gobernarse por sí mismos, y el poder temporal de la Iglesia se va desmoronando por sí solo. Lo que el Gobierno Mexicano combate, lo que ya están combatiendo muchos otros países; lo que tienen que combatir todos algún día, y lo que pronto tendrán que combatir los Estados Unidos, es la coalición de la Religión Católica como código moral y la Iglesia Romana como institución política. Un país no puede permitir que se use de la política para controlar las conciencias, ni que se haga política basándose en el control espiritual.

Esta combinación de la religión y la política, manifiesta palpablemente en las actividades de la Iglesia Católica Romana, ha sido el narcótico con que se ha adormecido al proletariado del mundo; ha sido el instrumento para explotar a los pobres; ha sido la
mina que ha enriquecido a los poderosos. De los pobres es el reino de los cielos, dicen capciosamente las bienaventuranzas, mientras
los ricos imperan en la Tierra.

Así como al despuntar la aurora los rayos del sol hacen huír las tinieblas y poco a poco van invadiendo con su luz hasta los escondrijos más recónditos, al despuntar las ideas de emancipación del hombre política, económicamente y socialmente, van desapareciendo del mundo las supersticiones que por tantos años fomentaron las empresas religiosas. Una inmensa mayoría creemos o presentimos ya que el único objetivo digno de perseguirse en la vida es la conquista de la felicidad colectiva y el cultivo intelectual. Inconscientemente nos oponemos a todo obstáculo que en este camino se nos coloca, y desechamos razonada o mecánicamente las ideas de opresión, de sumisión y de abyección que forman la base de las religiones que aún imperan en el mundo. La Iglesia como organización política mundial está en plena decadencia; sus últimos baluartes son los países en poder de dictadores o aún en las garras de la ignorancia; y la religión como código moral se evapora a medida que el espíritu humano se cultiva.

Las religiones a la antigua, desarrolladas en una edad precientífica, han sobrevivido a su utilidad. Son la herencia del sal-